

## EL ALMA DE JORGE ARTEAGA

Estaban hincados en la tierra, sin zapatos. Arrancaban plantas, las cuales revisaban minuciosamente; las hacían a un lado y escarbaban el suelo, avanzando con lentitud. Los hombres usaban sombrero, sólo las mujeres, que por lo general eran sus esposas, tenían en la cabeza alguna mata como las que sacaban, protegiéndose de esa forma de los rayos del sol. Todos ellos, sudorosos y cansados, seguían trabajando con afán la parcela.

También él se encontraba fatigado, pero lo reconfortaba el saber que ya pronto terminaría. El segundo costal estaba casi lleno. Sacó unas matas para acompletar. Momentos después se puso de pié para vaciar el contenido de la cubeta. De una de las bolsas de su pantalón sacó un pedazo de mecate con el cual amarró el bulto.

Después de tomarse el agua que estaba en una botella, sacudió su vestimenta. Se dirigió hacia una bodega cercana para entregar los dos costales llenos de cacahuete que llevaba en la parte trasera de la bicicleta, y por los que le darían trescientos pesos por medida.

Cuando estuvo de regreso, tocó en la puerta marcada con el número 12, de una vivienda en las afueras de la ciudad.

-Ya vine, mujer ¿y el niño?

-Allá está adentro.

-¿Le seguiste dando las yerbas? -le preguntó al estar en el interior de la casa.

-No.

-¿Entonces?

-En la mañana vino una señora y le inyectó no sé qué cosa. Se durmió y hace un rato despertó. Está bien tranquilo y ya no llora tanto.

-¿Qué hiciste con las yerbas?

-Como no le sirvieron, mejor las tiré.

-Hiciste bien. Toma -dijo él dándole unos billetes -con esto le compras la misma medicina para que se la inyecten en la noche. Ojalá y se alivie pronto, porque quiero que me vayas a ayudar.

-¿Y cómo me llevo al niño?

-¡No te lo vas a llevar! Lo vas a encargar con alguna de tus hermanas. Hoy llené dos costales y si tú me ayudas, podríamos llenar hasta cinco.

-¡Sí cómo no! Tú llenas dos y quieres que yo llene tres.

-No seas tonta. Lo que pasa es que voy a estar tan contento de que estés conmigo, que el cansancio ni lo voy a sentir y así podré trabajar más. Nos conviene ir porque están pagando muy buen dinero.

-Pues si el niño se mejora, nos vamos.

A la orilla del patio había una hilera de macetas con diversas plantas. El se entretenía en verlas, olerlas y tratar de recordar sus nombres.

De uno de los cuartos salió una persona y se dirigió hacia un lavadero que estaba al fondo.

-¿Llevas prisa? -preguntó mientras se lavaba las manos.

-No. Usted termine su trabajo. Yo lo espero.

-Te pregunto porque voy a salir con esta persona. Si gustas puedes venir con nosotros o regresar más tarde.

-Voy con ustedes.

-Espérame entonces en la puerta -dijo al terminar. Entró de nuevo al cuarto para salir acompañado por una persona joven que vestía un traje de color gris.

Subieron los tres a un automóvil Thundrbird, de modelo reciente.

-Espero que todo esto de resultado, señor -dijo el hombre del traje, quien conducía el automóvil-. Estoy dispuesto a pagar lo que usted pida.

-Descuide. Tengo cuarenta años en esto y hasta yo me sorprendo de lo que he logrado. Además el señor presidente lo ha recomendado y me da gusto que gente tan alta me tenga confianza. Porque en mi trabajo es importante. Eso cuenta mucho.

-¡Confianza la tengo! De lo contrario, en este momento no estuviera aquí.

-Tengo que decirle también, que tiene que venir tres o cuatro veces para que todo sea más rápido.

-Vendré todas las veces que usted me diga. Aunque necesitaré cambiar amortiguadores en cada cita, porque estas calles están para llorar. Pero es lo que menos importa, al cabo dinero es lo que sobra.

-Por aquí hay un camino de tierra hacia la izquierda.

Se desvió el vehículo de la carretera y siguió su camino durante unos cinco minutos hasta llegar a un arroyo a la orilla de un maizal. Ahí se bajaron. El señor Fierro, con una toalla en la mano y su cliente, se dirigieron hacia el arroyo.

Ese día por la noche, se encontraban los dos en la recámara. El niño dormía en una cuna cerca de ellos. Se escuchaba la algarabía de varios chiquillos que aún jugaban en el patio de la vecindad. Al igual que cada noche, uno de los vecinos tenía el radio a todo volumen, en el que escuchaba "La Hora de Vicente Fernández"

Impávidos en la oscuridad, daba la impresión de que tal barullo los arrullaba.

-Hoy me invitaron a una comida en una granja -dijo él, rompiendo el silencio entre los dos.- Había mariachis y tequila hasta para regar plantas.

-¿Por qué fue la comida?

-Porque los patrones cumplieron un año más de casados. No supe cuántos, pero ese fue el motivo. ¿Quiénes crees que eran los patrones?

-Pos no, no sé.

-¡Unos gringos! Yo tenía a idea de que ellos eran bien déspotas. Ya ves cómo dicen que a casi a todos los que se van para el otro lado los tratan re mal.

-¿Y qué no son así?

-Pues no. El sabía que yo no era de sus trabajadores y se portó muy amable. Andaba él algo tomado y platicamos buen rato. Me dijo que es de El Monte, California. Fue oficial del ejército norteamericano y estuvo en la guerra de no sé dónde. Hace cuatro años lo jubilaron y como les gustaba México, se vinieron para acá a vivir. Habla bien nuestro idioma. Ya después estuvimos platicando de lo amolado que está nuestro país. Dijo que a los Estados Unidos le conviene que México esté en crisis y con inflación, porque así les es más fácil tener autoridad sobre nosotros. Habló también de que los sismos de 1985 fueron causados por su país.

-¿Crees que sea cierto eso que te dijo?

-Pues estuve pensando y... yo sé que a los del ejército les prohíben hablar de ciertas cosas. Este ya se jubiló y estaba borracho... ¡a lo mejor si es cierto!

-¿Pero por qué lo harían?

-¡Pos sabe! Ya mejor vamos a dormirnos que es noche.

-¿Fuiste con el señor Fierro?

-¡Ah! Se me olvidaba decirte. Estuve en su casa en la mañana. Estaba con él un hombre bien vestido que lo fue a ver para que le hiciera un trabajo. Nos fuimos los tres en carro a unas parcelas y ahí el señor fierro le dijo que se desnudara todo y lo hizo acostarse dentro de un canal de riego, para que el agua purificara su cuerpo. ¡Viejo desgraciado! Poco faltó para que le dijera que tragara lodo.

-¿Y quién era ese hombre?

-Dizque era el señor Secretario de Finanzas del Estado. El señor Fierro no es menso y le va a sacar una buena tajada de billetes. Cuando regresamos a su casa y estuvimos solos, le dije lo del niño. ¡Se enojó!

-¿Por qué?

-Yo le decía que con sus yerbas no mejoraba, que mejor le dimos una medicina y se curó. Dijo que si no teníamos confianza en él para que íbamos a verlo. Que el dinero no me lo regresaría porque las yerbas sí sirven, pero lo que no sirve es mi fe. Estuvimos ahí alegando hasta que dijo: "...aquí en este pueblo todos me tienen que respetar. Si tú no lo haces, te tendré que obligar. Te anticipo que dentro de poco vas a entrar en mi casa de rodillas y me vas a pedir perdón por todo lo que has dicho. Y mejor lárgate o te va peor."

-¡Válgame Dios! ¿Y tú qué hiciste?

-Me salí y me fui a la comida a que se me pasara el coraje.

-¿Crees que el señor Fierro te haga lo que dijo?

-No sé. Ni quiero pensar en eso. ¡Andale, ora sí ya vamos a dormir!

Se acercaron más uno al otro y se besaron. El calor de sus cuerpos provocó que por instinto se acariciaran y... la noche continuó sus horas.

Tres años habían transcurrido. La vida en la vecindad era la de siempre; chismes, gritos y peleas absurdas, como si fuese un reglamento no escrito al que tuvieran que dar fiel cumplimiento todos cuantos llegaran a vivir entre aquellas paredes. La vecindad misma, a falta de mantenimiento, se asemejaba a una flor, cuyos pétalos de cemento se marchitaban cada vez más.

El en compañía de su mujer y su hijo, quien dentro de poco cumpliría cinco años de vida, seguían ocupando la vivienda 12. Seis meses pasaron desde que se vio obligado a abandonar su trabajo como encargado de la granja que poseían la pareja de norteamericanos.

-¿Cómo te sientes? -preguntó el hombre al colocar su silla cerca de la cama-. ¿Me reconoces?

-Sí -contestó él moviendo su cuerpo pesadamente, con una mueca de dolor-. Hacía tiempo que no te veía. ¿En dónde andabas?

-Tengo cinco años viviendo en Aguascalientes; allá me casé ¿cómo ves? ¡Pero cuéntame! ¿Qué fue lo que te sucedió?

-Pues... hace tres años fueron unos judiciales por mí al trabajo. Querían saber en dónde estaba el dinero y varias cosas que, según ellos, me había robado. ¡Cómo iba yo a entregar algo que no robé! Pero estos hombres no entendían razón. Me llevaron a un patio y me amarraron a una asta. Llovieron puñetazos y patadas por todas partes. Me retorció de dolor y al voltear arriba, veía la bandera ondeando en la punta del asta. En esos momentos la miraba como un símbolo de justicia, de salvación... para mí, la bandera y Dios eran una misma cosa. No supe en qué momento dejaron de golpearme. Pero ahora, el emblema nazi y nuestra bandera, me causan la misma repugnancia. Me soltaron en la noche porque atraparon al que robó las cosas. Todo porque el retrato hablado que tenían de él, se parecía más a mí. Yo lo ví. Me lo mostraron. ¡Tengo miedo!

-¿Miedo a qué?

-Miedo a la muerte.

-Todos tenemos ese miedo. San Francisco de Asís, durante su vida se preparó para la muerte y en el último momento, dijo tener miedo. ¡Con mayor razón nosotros!

-Sí. ¡Mucho más yo, que estoy cerca de ella! Ahorita estoy aquí, pero después ¿en dónde voy a estar? ¿Te imaginas? Nunca más ver a mi esposa y a mi hijo. ¡No sentir nunca más cosas de este mundo como... acariciar un gato, el piquete de un alfiler, oler una flor o el placer de comer un dulce!

-No pienses en eso. Simplemente haz lo que puedas por vivir más tiempo.

-¡Es imposible! Ya estoy cansado de andar de un lado para otro sin mejorar nada. Todos dicen que este cáncer es resultado de la golpiza que me dieron, pero sólo yo sé que moriré embrujado.

-Supe que tenías problemas con el señor Fierro.

-Sí, pero ese hombre no pudo hacerme nada. Una mujer me llevó a una bodega para comprarle una bicicleta. Al llegar, estaban dos

desconocidos arrodillados frente a un incensario. En cuato esos hombres me vieron entrar, levantaron las manos y dijeron: "¡Satanás, Satanás! ¡Te entregamos el alma de Jorge Arteaga!" Yo salí corriendo, pero una semana después, fue que me empezaron estos malditos dolores. ¡Son ellos quienes me tiene así!

- oOo -